

## **Imágenes victorianas en la producción discursiva de la identidad argentina de entresiglos.**

### **Entre el campo y la ciudad: el trabajo y el ahorro**

**Griselda Gugliara**

UNLPam

En la Argentina de entresiglos, el estilo de la gran aldea desaparecía en forma estrepitosa para abrir paso a una percepción de la vida urbana según la imagen caótica y salvaje de las grandes urbes. Así, el perfil de la ciudad moderna y pujante aparecía contaminado por la inquietante amenaza de la enfermedad y de la locura ante la mirada desconcertada del observador. Es que, en las últimas décadas del siglo XIX, Buenos Aires y su ritmo se convirtieron en «una suerte de monumento a los cambios y la ciudad cristalizó las expectativas de modernización» (MONTALDO, 1993: 19). Una nueva cosmovisión urbana surgió articulada con los problemas del progreso, la multitud, el orden, la higiene y el bienestar, a consecuencia de las experiencias epidémicas que, años antes, habían marcado la memoria colectiva. Hacia el fin de siglo, era perentorio pensar nuevas formas de convivencia si se pretendía construir una nación moderna.

En las décadas anteriores, el centro productivo de la época había estado en el campo. Allí, el reemplazo de la ganadería vacuna por la explotación ovina modificó las características de la empresa agraria y de los trabajadores asociados a ella. La ciudad era, por su parte, el centro comercial y financiero, herramienta fundamental en un proceso de acumulación que se apoyaba en la exportación de los productos a través del puerto restaurado (BOURDÉ, 1977; SABATO Y ROMERO, 1992). De este modo, ciudad y campo crecieron con cierto grado de autonomía recíproca: la primera, proveía los insumos y artículos manufacturados para la industria; el segundo, los alimentos para una población en constante desarrollo. Por esta razón, la burguesía urbana apostó en gran parte al surgimiento de un fluido intercambio comercial entre ambas esferas.

Y la ciudad creció al ritmo de las necesidades que su gente y posición le fueron imponiendo. Más habitantes<sup>1</sup> -inmigrantes europeos, como así también del interior del país- modificaron su fisonomía demográfica y fomentaron la multiplicación de todas sus actividades y hábitos. La creciente actividad comercial se reflejó en las remozadas construcciones portuarias. La planta urbana también creció pero más lentamente que su población. El viejo centro que se extendía hacia el sur se fue trasladando hacia el norte.

Poco a poco, muchas viejas casonas del barrio Sur se convirtieron en inquilinatos para los trabajadores pobres. La nueva zona céntrica se embelleció al estilo europeo, se dotó de alumbrado a gas y se adoquinaron sus calles (GORELIK, 1998). Los viejos sistemas de provisión y desagües, aptos para la ciudad criolla, resultaban insuficientes ante el hacinamiento y la acumulación de basura propias de la urbanización no planificada que provocó las epidemias de cólera y fiebre amarilla, entre otras<sup>2</sup>. A pesar de que la cuestión de la salubridad había comenzado a discutirse ya en tiempos de Rivadavia, fue en esos años de entresiglos que se instaló como un tema decisivo en la vida de la ciudad y como un factor clave en la disminución de la mortalidad<sup>3</sup>. Buenos Aires ya tenía una antigua periferia popular y, para entonces, surgieron nuevos centros de actividades, comunicados entre sí a través del ferrocarril que posibilitaba un movimiento fluido de productos y trabajadores.

Desde 1881, el campo pampeano superaba el medio millón de habitantes instalados en pequeños poblados con saladeros o molinos harineros, estancias, *sheep farms* florecientes con la explotación lanar y otros pueblos que surgieron alrededor de las estaciones ferroviarias. En aquel tiempo, el paisaje rural ofrecía un aspecto peculiar: lotes divididos por alambrados y poblados por una cantidad importante de ovejas que superaba la del ganado vacuno y equino con creces. La llanura pampeana exhibía formaciones arbóreas que rodeaban los ranchos y cascos de estancias, donde comenzaban a divisarse robustas construcciones de ladrillo. En algunas zonas agrícolas se multiplicaban las quintas, chacras y tambos. El país abandonaba su condición de importador para convertirse en uno de los mayores exportadores de cereales (SABATO Y ROMERO, 1992; BOTANA Y GALLO, 1997).

En Buenos Aires, la presencia de los nuevos sujetos urbanos y la heterogeneidad de la estructura productiva que se fue gestando, definió un perfil muy complejo de demanda de mano de obra. Diversos sectores económicos -capitalista, autónomo, de la administración pública y el servicio doméstico- coexistían regidos por leyes de empleo específicas cuyo objetivo principal era sanear el mercado de trabajo de medios de vida alternativos que, en la primer parte del siglo, habían permitido el vivir «sin trabajar». Hacia 1880, el mercado de trabajo de la provincia de Buenos Aires se había convertido en un mecanismo adecuado para responder a las necesidades de una demanda de mano de obra fluctuante, con escasa especialización pero en continua expansión (BOURDÉ, 1977; SÁBATO Y ROMERO, 1992; HALPERÍN DONGHI, 1998).

Ese vertiginoso crecimiento trastocó en forma definitiva la atmósfera rural de la aldea y obligó a la alteración de las antiguas tradiciones, prácticas y discursos. Para la cultura urbana en transformación, las experiencias subyacentes eran de una rápida e innegable mutación social, pertenecían a una nueva historia y eran, a la vez, parte de un proceso inmediato, cargado de complicaciones inéditas y misterios para la mayoría de la gente. La imagen de la superposición de un paisaje sobre otro era el resultado del ritmo acelerado de los cambios que los observadores experimentaban de forma diversa. En el criollo, despertaba la nostalgia por un pasado que formaba parte de su historia personal y familiar; en el inmigrante, la posibilidad de un futuro promisorio pero complejo de alcanzar; en quien sólo pensaba en el progreso, la experiencia de acceso a la modernidad y la preocupación por contener sus excesos. Todos y cada uno, desde su propia estructura de sentimiento,<sup>4</sup> participaban de la vorágine transformista sin alcanzar un completo entendimiento de la misma.

En conjunto, la población conformaba una diversidad socio-política y lingüística que el gobierno y los grupos letrados intentaban homogeneizar en la constitución de una tradición común a través de varias estrategias, entre ellas, la alfabetización y la lectura de diarios y novelas.

La celeridad de las transformaciones urbanas afectaba también el paisaje rural que, como nunca antes, cobró importancia en el imaginario letrado con el afán de construir una tradición nacional. Los cambios notables en este ámbito eran la manifestación de una metamorfosis mayor de toda la estructura productiva y ocupacional de la Argentina. También exponían las grandes diferencias entre los estilos de vida de la ciudad y del campo, a pesar de la escasa extensión cronológica que separaba a ambos del pasado independentista. Ese tiempo anterior, aún cercano en la memoria y la experiencia, motivó la reflexión sobre la nueva realidad del país. Por un lado, la gran urbe, con la incorporación de prácticas europeas en detrimento de hábitos arraigados desde la etapa virreinal; por el otro, el campo, con valores peculiares y alta presencia simbólica en la cultura nacional.

Sobre ese bagaje cultural, el ruralismo, se asentarían, años después, los mitos que sustentarían la tradición del país inmigratorio con el propósito de lograr un discurso que pudiera restaurar la armonía perdida ante el avance de costumbres foráneas.

La identidad nacional necesitaba inventarse y la imagen del campo como epítome de relaciones directas y sujetos conocibles cobró absoluta relevancia en la tarea. Así, los letrados argentinos parecieron emular una vez más la estrategia de Dickens al producir la ficción de la ciudad, donde la experiencia y la comunidad serían esencialmente opacas; y la ficción del campo, donde éstas serían naturales y auténticas. La reinención de nuevas mitologías permitiría, por un lado, fundar el ideal social y humano que se pretendía alcanzar para la nación y, por el otro,

erradicar lo indeseable. Al mismo tiempo, lo peligroso debía ser revelado, obligado a penetrar en la conciencia.

En la gran ciudad, los problemas de urbanización y hacinamiento en los barrios periféricos trajeron aparejada la proliferación de enfermedades y epidemias que reprodujeron experiencias anteriores. Entonces, la higiene y la eugenesia surgieron como temas prioritarios para sanear los efectos contraproducentes del progreso y asegurar las ventajas de la civilización (DI LISCIA, 2004). Ya a fines de 1860, Sarmiento había planteado la urgente necesidad de dar «aguas corrientes al pueblo, luz a las ciudades, templos al culto, leyes a la sociedad, constitución a la nación» (ARMUS, 2000: 512) como vías de acceso al mundo moderno.

Así comenzó una creciente preocupación por la educación de los trabajadores, las obras de saneamiento generalizadas y la atención médica. Mientras las enfermedades comprometieron la salud de los habitantes de Buenos Aires hubo un sostenido énfasis en la lucha antiepidémica que involucraba la preocupación por el equipamiento urbano, el temor al contagio, la moralización de las masas y la pobreza. Más tarde, cuando la edificación de obras de salubridad facilitó el control de los brotes epidémicos, la higiene canalizó sus objetivos a los problemas de la pobreza y a la urgencia por organizar programas asistenciales. Hacia fines del siglo XIX, los higienistas argentinos, al igual que sus pares en Europa y América, pusieron la bacteriología al servicio de la asepsia de las ciudades, no sólo para instruir sobre formas y métodos de evitar la infección, sino también para explicar las condiciones materiales de vida que la favorecían.

El didactismo del discurso científico se internó en las escuelas y en la privacidad de los hogares a través de los libros, los periódicos y las historias narradas (BARRANCOS, 1991; DI LISCIA, 2004). En una suerte de maquinaria textual positivista, los escritores realistas y naturalistas utilizaron dicho discurso en función de la narrativización de lo nacional de manera tal que fuese posible constituir un cuerpo social homogéneo y, al mismo tiempo, controlar a aquellos que se identificaba como variantes de lo ilegítimo y lo indeseable en la comunidad imaginaria nacional. A este respecto, parecería existir un pacto de sentido entre literatura, nacionalismo y saber médico en el que los naturalistas, entre otros, fundaron sus relatos orgánicos (NOUZEILLES, 2000: 11).

Convertidos en una suerte de «moralistas experimentadores», según la propuesta zoliana, algunos escritores argentinos, sin embargo, apelaron a las imágenes victorianas para representar la compleja situación social de la época. Para entonces, las ficciones inglesas constituían «narrativas maestras» –como las denominó Fredric JAMESON (1981: 17-102)- pues modelaron el pensamiento mediante la representación de enfermedades y la consideración de sus estructuras y conflictos comunes. A su vez, los lectores respondían ambiguamente ante el bienestar del progreso, por un lado, y ante la amenaza que la industrialización y el masivo ingreso de inmigrantes provenientes de sus colonias representaba para sus antiguas tradiciones, por el otro.

Los problemas culturales que dificultaban la concreción del ciudadano ideal se suponían productos del modo de vida propuesto por «el progreso de la civilización» y reflejado en lo que el doctor Wilhelm Erb describió como «el rápido crecimiento de las grandes ciudades con todas sus lamentables consecuencias: la creación de centros industriales enormes, llenos de proletarios» (GAY, 1992: 318). De esta manera, la pobreza, la ignorancia, la inmoralidad, las enfermedades sexuales y el nerviosismo se tradujeron en «males sociales» e impregnaron de higienismo político la sociedad y, por ende, las narrativas modernas. Dichos síntomas debían ser denunciados y erradicados pues comprometían el futuro pujante de la sociedad burguesa, moralista en apariencia. En consecuencia, las ficciones victorianas de salud y enfermedad funcionaron como productos de la compleja interacción entre la teoría médica y el discurso narrativo del siglo XIX, con el propósito de reforzar los estereotipos de género, clase y raza, y por ende crear una conexión directa entre las identidades biológicas y sociales.

A pesar de los reiterados intentos por integrar lo individual y lo social, las ficciones somáticas revelaban una disociación persistente entre la experiencia física individual y los discursos culturales a través de los que se definía dicha experiencia (VRETTOS, 1995). Por una parte, se percibía el cuerpo humano como un dominio privado, una creación concreta del yo que precedía la violencia de la apropiación cultural y lingüística. Por otra parte, el cuerpo parecía incapaz de sostener esa ficción de autosuficiencia. La permeabilidad de sus límites -implícita en

acciones tales como comer, copular o dar a luz- se explicitaba en la presencia de la enfermedad, ya que esta constituía una crisis en el control o la integridad corporal. La exposición pública de la condición de dolencia física destacaba la dependencia de la misma con el mundo exterior. Ambas, la conformidad y las contradicciones entre la imagen de sí mismo y la imagen social eran expuestas de cara a la enfermedad. Al final del siglo, el pánico a la infección, originado en reiteradas epidemias, derivaba en teorías de contagio moral que emergían de la proximidad de diferentes cuerpos sociales en la multitud y truncaban el imaginario de la comunidad cognoscible (VEZZETTI, 1985).

En Buenos Aires, los discursos victorianos se generalizaban para exponer los que parecían surgir como temas recurrentes de la «degeneración» de la sociedad argentina.

## Inmigración, trabajo y ahorro

Francisco A. Sicardi (1865-1927) publicó *Libro Extraño* entre 1894 y 1902. Esta novela «extraña» es producto de una *rara* sociedad y, por ello, es ante todo un texto intrincado, tal vez en respuesta a las circunstancias conflictivas con las que su autor debió convivir, o quizá, debido a su personalidad multifacética<sup>5</sup>. En su libro recrea las prácticas de la sociedad argentina a lo largo de un cuarto de siglo, ficcionalizadas en cinco volúmenes. Por un lado, *Libro extraño* presenta una imagen realmente abarcadora del contexto socio-cultural en el que se origina, entreteje un amplio repertorio de estereotipos en su trama y resignifica la tradición oral como memoria del pasado. Las evocaciones de formas, prácticas y modos antiguos de sentir intentan recuperar un orden social y moral, ahora desdibujado, por la vertiginosa realidad del cambio. Por un lado, las descripciones detalladas de personajes y enfermedades enhebran el discurso realista y la profesión médica de su emisor facilita la construcción de ficciones somáticas a partir del mito de la erradicación definitiva de la enfermedad. Por otro, la oposición naturaleza-vida mundana instala el mito de la comunidad perdida en el imaginario colectivo.

En la conquista de la armonía perdida el relato emula el tratamiento poético de la historia según el legado de Walter Scott,<sup>6</sup> propone el didactismo socio-biológico de George Eliot<sup>7</sup> y proyecta la moralización consistente de Charles Dickens en el manejo de las historias fallidas, producto del conflicto de clases y del medio en el que transcurren. En primer lugar, las historias de las patriadas independentistas del abuelo Del Río -al mejor estilo scottiano- no sirven solo a los efectos de utilizar el pasado romántico para escapar del presente, sino para construir un sitio desde donde juzgar la sociedad que formaba y cambiaba la experiencia humana. En segundo lugar, la creación ficcional de los Errécar, a quienes se muestra como trabajadores radicales, decididos a aferrarse a su clase y a apelar exclusivamente a las energías de la fuerza moral, emula al Félix Holt de George Eliot y atestigua la semejanza de opinión respecto de las características de los líderes de la reforma social y política que habría formado parte del horizonte de expectativas de la época. Por último, el fracaso moral de las familias de inmigrantes italianos y los profesionales mediocres sintetiza el pensamiento del autor acerca de la influencia negativa que el medio social insano provoca en los seres que lo habitan y alecciona sobre la actitud tenaz que éstos deberían asumir para superarlo.

En los cinco volúmenes, se narra la historia de una familia medular -los Méndez- que, a lo largo del relato y por cuestiones de parentesco, cercanía o beneficencia, se relaciona con las demás -los Del Río, los Paloche, los Valverde, la familia de Genaro, los Errécar- y con tres personajes «asociales»<sup>8</sup>: Desiderio, Herzen y Goga, que completan el cuadro de época. Todas las familias cohabitan en un tiempo inestable y sus miembros se debaten entre lazos de sangre que imponen obligaciones y patologías que se transmiten por vía hereditaria en un medio ambiente que las propicia. En este contexto, Sicardi intenta evaluar «los límites y alcances de la teoría de la herencia en la configuración de lo social» (SALTO, 2002: 44). Las seis familias pertenecen a diferentes clases sociales con patologías diversas: Catalina y Carlos Méndez son miembros de la clase media criolla con acceso a todos los estamentos de la escala social debido a la profesión médica de Carlos. A pesar de los atributos positivos de este grupo, Méndez está signado por una debilidad psicopatológica heredada de un padre suicida. La familia Del Río es una de las familias

criollas más antiguas del país; sus miembros lucharon en las guerras de la independencia y son guardianes de las tradiciones locales. En apariencia, los hombres de la familia son sanos, aunque resultan improductivos en la etapa posterior a la organización del Estado nacional. La relación entre unos y otros se articula mediante el matrimonio de Carlos y Dolores, los dos miembros fundadores de la estirpe extraña que organiza los cinco volúmenes y se prolonga en sus hijos, Ricardo y Angélica, quienes parecen escapar del fatalismo hereditario puesto que han sido criados en el medio ambiente propicio: culto al hogar matriarcal, educación cristiana, lecturas apropiadas, trabajo honesto. Don Manuel de Paloche no se relaciona con una clase concreta sino que expresa la idea de una futura Argentina. Su familia es fruto de la mezcla étnica colonial que procura ocultar en el anonimato que garantiza la vida urbana moderna. Cada uno de los integrantes de la familia Paloche sufre de alguna psicopatología extrema: Don Manuel es un megalómano que intenta ocultar su origen mestizo haciendo alarde de su nombre español; su esposa muere de parálisis general -un grado terminal de la demencia-; sus hijas, Clarisa y Adela revelan casos de histeria avanzada; su hijo, Juan, rudo y violento, es víctima de delirio de persecución. En el hogar de los Paloche, los cuadros patológicos son diversos y variados agravados por un entorno familiar que no propicia buenas lecturas. Don Manuel lee libros de Medicina y literatura tras su propia panacea de convertirse en un médico diplomado o en un escritor de renombre. A partir de su estrepitoso fracaso en los dos campos del saber que legitiman su conocimiento pseudocientífico y literario, sucumbe ante las leyes hereditarias que presagian su enfermedad congénita y la caída de su familia degenerativa: Juan, su hijo, mata a Genaro y se convierte en homicida, su hija Clarisa se prostituye y su hija Adela, defraudada en su amor por Desiderio y víctima de una religiosidad equivocada, mortifica su cuerpo con cilicio.

El médico Valverde es un loco amoral que reúne las características más negativas de la modernidad; materialista, positivista en extremo y libertino, seduce a sus pacientes inexpertas y cree firmemente en la influencia de las leyes biológicas sobre el mundo social. Su función primordial en el texto es crear conflicto. La rama masculina de los Valverde, al igual que la de los Méndez, sustenta la teoría de la herencia, aunque en su caso puntual no existe posibilidad alguna de salvación. Enrique Valverde, un ser corrupto y amoral, «engendra con una ninfómana a un alcohólico, perverso y lujurioso -también tuberculoso, de paso-, Germán Valverde; en su caso, el mal ambiente ha hecho el resto, ya que creció, abandonado por sus progenitores, en un sucio burdel» (GNUTZMANN, 1998: 200).

La familia de Genaro representa el suburbio desgraciado por el crecimiento avasallador de la ciudad, desprotegido de las «plagas sociales», heredero potencial de la degeneración. Componen la familia de trabajadores sin oficio, parte del grupo de inmigrantes no deseados en la conformación del Estado nacional moderno: son enfermos y semiespecializados. Al comienzo de la historia, el joven tiene un trabajo honrado con los Méndez que convierte a su familia en merecedora de la dignidad que las familias burguesas atribuían a las indigentes que conservaban su virtud en la pobreza. Más tarde, Genaro se «desgracia» -y con ello a su familia- cuando mata a su hermana y a su seductor, el lascivo Enrique Valverde, para lavar el honor de su familia, y al psicópata Juan Paloche para preservar la virtud de su fiel novia, María. Estos acontecimientos «despiertan» las tendencias hereditarias del joven que lo convierten en un asesino y alcohólico irreversible. El destino degenerativo de Genaro está planteado desde sus raíces paternas.

Los Errécar, de ascendencia vasca, son obreros inmigrantes más calificados que Genaro. Martín, el padre, después de padecer muchas miserias, logra acumular un pequeño capital con el que educar a algunos de sus hijos. Sano y honesto, constituye el inmigrante ideal, fantaseado por el proyecto burgués liberal. El hijo, Elbio Errécar, médico y activista político, es la corporalización del ideal eugenésico: la pureza racial, la fisonomía inteligente, el temperamento fuerte, la herencia libre de influencias regresivas componen el retrato de la inmigración regeneradora. La descendencia vasca de los Errécar los ubica dentro de otra categoría de inmigrantes; trabajadores libres, robustos y sanos, son los cuerpos sociales ideales que defenderán la idea de progreso; ellos disfrutaban de las bondades de la «nueva raza» exenta del estigma hereditario.

Al concluir las tres primeras novelas de la serie, muchas de las familias textuales corren «peligro de extinción». Del Río, Valverde, Genaro, Santa, Clarisa, María, Juan, don Manuel de

Paloche y su esposa han muerto y algunos de sus herederos acarrear el estigma de la degeneración. La familia formada por Carlos y Dolores es la única sobreviviente. Aún así, ha sufrido los embates de la fatalidad; uno de sus tres hijos muere a causa de la enfermedad hereditaria de su padre. Luego de un período estable, Carlos retoma sus tendencias suicidas y sus obsesiones monomaniacas que parecen prolongarse en la rama masculina de la familia. Por su parte, Angélica Méndez resume todos los aspectos positivos de la familia, valida la tríada del discurso victoriano -crianza favorable, entorno social «limpio», educación pertinente- y logra neutralizar los efectos degenerativos de la teoría darwinista de la herencia. Los Errécar y los Méndez se relacionan a través del matrimonio de sus respectivos hijos, Elbio y Angélica, que Sicardi transforma en el prototipo de la futura familia argentina. Elbio, heredero del potencial inmigrante y Angélica, heredera de la tradición fundacional criolla y poseedora de las virtudes morales burguesas constituyen el romance fundacional perfecto (SOMMER, 1991).

## La armonía gigantesca de la pampa

Buenos Aires, para entonces con aires y vicios de gran ciudad, es el ámbito donde aquellas historias recrean la ficción somática de la Argentina de entresiglos. Y es, quizás, en la introducción al segundo tomo de *Libro Extraño* donde mejor se aprecian los sentimientos contradictorios que la vorágine del progreso despierta en los grupos letrados. En la lectura de esas primeras páginas el concepto de la ciudad «monstruo» de Dickens se reproduce en el imaginario del lector, quien participa junto al narrador de la profunda nostalgia por el pasado perdido y la reticencia frente a lo que imagina peligroso al observar Buenos Aires. Y es que las transformaciones urbanas no sólo han variado el aspecto estético de los alrededores sino también los valores sociales de sus habitantes: «Es la repetición de la vieja y triste historia de los sacrificados por la civilización, que se ha entrado aquí a saltos violentos, apurada por la Europa que todo lo ha modificado» (SICARDI, II: 5). Los cambios se perciben bruscos e inesperados en el devenir de la vida citadina; todo es ajeteo; nada ni nadie es reconocible.

En medio de ese caos, la fuerza extraordinaria de la naturaleza se manifiesta en un temporal de viento y lluvia que parece limpiar la atmósfera sucia y densa que emana de las calles y «del olor de los cuerpos sucios de sudor y de tierra» (7), en una especie de venganza romántica. La gran aldea emerge monstruosa en medio de «la bruma, que atropella el vacío de las calles y envuelve casas, postes e hilos de teléfono en una densa cortina» (9). La urbe surge «arrugada, amontonada», sin «cielo, ni sol, ni aire», sin Naturaleza (13), como «un hervidero de razas» del que «ha de salir la verdad civilizadora» (14). Así, el desafío consiste en organizar la turbiedad del paisaje humano y la realidad social. Nada parece más apropiado que evocar el pasado para instaurar el *habitus* de los valores tradicionales. Entonces, la mirada retrospectiva del narrador pretende reconstruir en la escritura el mito de la Edad de Oro (WILLIAMS, 2001: 63-74) en el idílico ambiente rural de la pampa argentina, propicio para la recuperación de los añorados sentimientos humanos y las prácticas comunales. No es casual que Sicardi haya decidido introducir su segundo tomo con tamaña contraposición entre la vida urbana y la vida rural. En las primeras páginas, la narración remite a la imagen de «los libres viajeros de la Pampa desolada» que retrotrae a la memoria «la brama de la libertad» y la lucha real por conquistarla. Aquí, el espacio rural recobra importancia como escenario de «guerras nacionales» de «los campos contra las ciudades» y de éstos contra Buenos Aires en un tiempo histórico anterior en que «las nuevas razas llegaban al país con una tradición de miseria» (SICARDI, 22), para unirse a los nativos en la construcción nacional y en la superación personal mediante el trabajo y el ahorro. Es precisamente en el ámbito campestre, en el interior del país, donde parece posible recuperar un mundo común creíble edificado mano a mano por criollos e inmigrantes:

Alejados de los «males» de la ciudad, inmigrantes y nativos enseñan y aprenden unos de otros en la «armonía gigantesca de la pampa»; y, en el culto de la religión y la patria, estimulan las «sencillas costumbres» (24) de sus antepasados en sus descendientes y juntos engendran las raíces de una sociedad orgánica. Sicardi orienta su crítica del presente al pasado libertario, no con

el propósito de recrear la lucha a mano armada, sino para refloatar los ideales de ese pasado más venturoso sobre los que edificar la identidad nacional.

Sobre las virtudes de esos «héroes» se han construido aldeas, se «han cultivado los campos, llenándolos de viñedos [...] y triguales» y el «pueblo nómada se ha detenido [...] y se ha incrustado al terruño lujurioso y ávido de parir. Es agricultor» (26). Aquí hay una fusión entre las ideas de una tierra fértil y una comunidad consciente de la propiedad y el propósito que el autor pretende transmitir a los lectores.

Más adelante, tal idealización se complementa en la exaltación de las virtudes propias de los grupos inmigrantes más representativos. Ante todo los anglosajones, cuya «reverencia por el recuerdo de las glorias nativas» imprime en ellos el orgullo nacional que los une y los distingue. Su metódica organización socio-política valida su éxito «en cualquier región que estemos» y «el culto de la familia» (35) sustenta sus raíces. El método inglés surge como la matriz de cambio para las debilidades propias de otros grupos y las ideas de Smiles fluyen en la lectura del texto. La tenacidad para el trabajo, el ahorro, la importancia de la educación y la moral parecen transformarse en las herramientas del éxito social de los italianos y los gauchos que logran superar el vicio de la holgazanería.

Los vascos, por su parte, ya conocen la fórmula: «Así defendieron sus abruptos desfiladeros y así conservaron incontaminados su hogar, su religión y su lengua» (46). La garantía del progreso se basa pues en una economía natural y moral que, con valores «rurales», respalde la estructura social en una estabilidad provisoria. «Criados para labrar la tierra»—«gente de la ciudad», naturaleza—vida mundana y/o campo—ciudad son caras de un proceso doble. «La explotación del hombre y la naturaleza que tiene lugar en el campo se convierte en dinero y se concentra en la ciudad» (2001: 78) Las patológicas de Sicardi no pueden generar bienes materiales y/o intelectuales para la nación; tampoco son aptas para constituir la identidad nacional. Familias como la de Elbio y Angélica son las que deben poblar el campo y asegurar la producción de recursos necesarios, tanto materiales como humanos, para sustentar el proyecto de higienización nacional, tarea que, desde la ciudad, pretenden llevar a cabo los intelectuales.

## Bibliografía

- ~ARMUS, Diego, «El descubrimiento de la enfermedad como problema Social», *Nueva Historia Argentina*. Tomo 5: *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Dir. Mirta Zaida LOBATO, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000, pp. 507-551.
- ~BOTANA, Natalio y Ezequiel GALLO, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- ~BOURDÉ, Guy, *Buenos Aires. Urbanización e Inmigración*, Buenos Aires, Huemul, 1977.
- ~DI LISCIA, María Silvia, «Médicos y maestros. Higiene, eugenesia y educación en Argentina (1880-1940)», *Higienismo, educación y discurso en la Argentina (1870-1940)*, Eds. María Silvia DI LISCIA y Graciela SALTO, Santa Rosa, EdUNLPam, 2004, 37-64.
- ~GAY, Peter, «La obra de ficción», «El precio de la represión», *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*. Vol. 2. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 131-142, 310-366.
- *The Making of the Middle-Class Culture 1815-1914*, Nueva York, W. W. Norton & Co, 2001.
- ~GNUTZMANN, Rita, *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*, Amsterdam-Atlanta, GA, 1998.
- ~GORELIK, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- ~HALPERÍN DONGHI, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- ~JAMESON, Fredric, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Londres, Methuen, 1981.
- ~LUDMER, Josefina, «Introducción», en CANÉ, Miguel. *Juvenilia y otras páginas argentinas*. Buenos Aires, Austral, 1993, pp. 116-120.

- *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999.
- ~MONTALDO, Graciela, *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición cultural*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1993.
- ~NOUZEILLES, Gabriela, *Ficciones somáticas*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- ~PRATT, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1992.
- ~SABATO, Hilda y Luis Alberto ROMERO, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1992.
- ~SALTO, Graciela, «En los límites del realismo, un libro extraño», *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 6, Dir. Noé JITRIK, Buenos Aires, Emecé, 2002, pp. 7-57.
- ~SICARDI, Francisco, *Libro Extraño*, Barcelona, F. Granada y Ca. Editores, s/f.
- ~SMILES, Samuel, *Self-Help: With Illustrations of Character and Conduct*, Boston, Ticknor y Fields, 1863.
- ~SOMMER, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, [1991] 2004.
- ~VRETTOS, Athena, *Somatic Fictions. Imagining Illness in Victorian Culture*, Stanford, Stanford University Press, 1995.
- ~WILLIAMS, Raymond, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

## Notas

<sup>1</sup> 93.000 habitantes en 1855, 177.000 en 1869, y más de 400.000 en 1887. (Hilda SÁBATO y Luis A. ROMERO, 1992: 23).

<sup>2</sup> En «El descubrimiento de la enfermedad como problema social», Diego ARMUS presenta datos estadísticos acerca de la historia epidémica por la que atravesó la ciudad de Buenos Aires entre 1850 y 1915 (2000: 521).

<sup>3</sup> ARMUS realiza una exposición detallada sobre las obras que se llevaron a cabo en la ciudad a los efectos de mejorar las condiciones sanitarias de la población (2000: 523).

<sup>4</sup> De acuerdo con su categorización en los primeros estudios de Raymond Williams, puede entenderse como «la experiencia de la cualidad de vida en un tiempo y espacio determinados» o, según avances posteriores, como «conjunto común de percepciones y valores compartidos por una generación», articulados en «las formas y convenciones artísticas». (PAYNE, 2002: 184-5)

<sup>5</sup> Sicardi era, ya entonces, un médico con cierto renombre clínico e intensas relaciones con el Partido Nacional. Había nacido en el barrio de Once, en una humilde familia de inmigrantes, pero su casamiento con Carmen Lezica lo había emparentado con una de las familias principales de la alta burguesía local. A partir de esta diferencia inicial, cristalizada en el apodo del loco Sicardi, había configurado una imagen de rareza, genialidad y locura que indicaba una posición atípica dentro del espacio social, un origen inmigratorio que evocaba sospechas degeneracionistas, y una trayectoria médica que se distinguía también de las principales corrientes profesionales de la época (Salto 2002: 40).

<sup>6</sup> La impronta de Walter Scott en la literatura hispanoamericana, fue analizada recientemente por IANES (2006).

<sup>7</sup> Según WILLIAMS, el consejo de George Eliot es que los trabajadores deben llegar a ser antes que nada «sobrios y educados», bajo la conducción de hombres como Felix Holt, tras lo cual la reforma será de algún beneficio (...) La conquista, mediante la reforma política, de los instrumentos de la educación, del tiempo libre necesario para aprovechar esa oportunidad, de las condiciones laborales y habitacionales que disminuirán la pobreza y la ebriedad: éstas y metas similares, que fueron las finalidades para las que se propusieron las «máquinas»<sup>7</sup>, quedan fuera del argumento. Sin ellas, el trabajador, sobrio, educado y responsable debe, al parecer, surgir plenamente armado de su propia cabeza («ebria, ignorante, vil y estúpida») (2001: 99-100).

<sup>8</sup> Que en lo político, literario y sexual, respectivamente, carecen de familia.